



Cosmologías amazónicas en la poesía de Juan Carlos Galeano

ENTREVISTA A JUAN CARLOS GALEANO

Por: **María Paula Lizarazo**

01

Tras décadas escribiendo sobre sus experiencias en la Amazonia desde la distancia, ¿cómo describiría el volver a situarse en la selva, un lugar que en su poesía se representa como una geografía en formación/fluida, erigida sobre afectos, memoria, cuerdas de ropa...?

La experiencia de escribir es estar en el mundo, es una vivencia situada. Y tener intimidad con la vida es traer al presente recuerdos de un río que bajaba del piedemonte andino y pasaba cerca de mi casa. En esos días lavaban la ropa en las orillas y la traían a secarse en el patio. Así aparece en el poema “Lavandería” de mi libro Amazonia (2003): “En las cuerdas de la ropa la familia se reúne otra vez./Los pañuelos y pantalones cortos de mis hermanos /todavía guardan la mañana y el río. /Al lado de mis medias como palomas, /las camisas de mi padre se agitan con el viento. /En silencio, las flores del vestido de mi madre /se secan con el viento y el sol”.

En la poesía usamos el lenguaje para asombrar, para encantarnos con los de nuestra especie y con la Tierra. Con las palabras sentimos emoción y gozo con las otredades: las nubes, los árboles, los animales, el sol, vientos, lluvias y ríos, compañeros en nuestras vidas. En ellos nos reconocemos como parte de un continuum. En *Amazónicas* (2025), una colección de imágenes y proposiciones aforísticas sobre el universo de variedad de seres en la cuenca, digo: “Muchas personas en el mundo viven sin saber que en ellas hay multitudes de ríos”. Esta es una alusión ontológica, pues somos parte de los ríos, el agua es parte de nosotros. Imagino que esa es la geografía fluida que sugieres. No hay fronteras fijas entre los seres, solo transformaciones.

02

¿Cómo piensa su obra con relación a la (o las) tradición literaria en América Latina? ¿Cómo han influido en ese posicionamiento sus regresos a la Amazonia?

Las cosmologías y tradiciones literarias se entrelazan. Así, para el final de la adolescencia y mis veintes, tuve varios escritores favoritos, entre ellos Borges y Paz. También me inspiró la lectura de mitógrafos del siglo XX, como Henri Michaux e Italo Calvino. Ya había intentado escribir bajo la influencia de Neruda, Vallejo, Lorca y de otros, como los poetas malditos, Rimbaud y Baudelaire. Después, mi primer poemario, *Baraja* inicial, fue algo más epigramático, casi al modo sintético de los haikús, con la influencia de José Juan Tablada. Luego, viviendo en Estados Unidos, quise escribir una tesis doctoral sobre la poesía de “la violencia” en Colombia. El que yo naciera en la Amazonía tenía que ver con que mis padres, quienes vivieron en el Tolima, aterrorizados por las masacres se fueron al Caquetá para que no los mataran. Esa investigación también me trajo un reencuentro con la poesía colombiana del siglo XX. No solamente conocí mejor la poesía del grupo Mito, algunos de sus textos reveladores de “la violencia,” y los poemas en prosa de Álvaro Mutis del libro *Los elementos del desastre*, sino también la lírica anterior de Aurelio Arturo y su memoria emocionada por el sur de Colombia. Entonces, mis lecturas de Arturo (al igual me pasó con Saint-John Perse) me hacían evocar la chacra de mis abuelos en el Caquetá. Pero la relación renovada de mi poesía con el Amazonas vino después. Y eso ocurrió al

regresar de mi trabajo de campo sobre las narrativas orales, los cuentos de los indígenas, cazadores, pescadores, chamanes y demás habitantes de los bosques y riberas en la Amazonia brasileña en 1996 (y a ese viaje siguieron muchos recorridos por los países de la cuenca).

Pienso que mis regresos a la Amazonia influyeron de modo definitivo. Desde entonces mis poemas fueron marcados por el modo de contar historias que tienen los pobladores de la Amazonía, por mis años asombrados en ríos y selvas. A eso se suma el humor y la ironía que aprendí de poetas latinoamericanos como Nicanor Parra. Pienso que sus poemas y sus Artefactos son mecanismos expresivos y defensas que favorecen la supervivencia de nuestra especie. Y volviendo a mis experiencias, como te decía al principio, el Caquetá donde nací tiene piedemonte (“ceja de selva” dicen en Perú, qué bonita esa expresión), y de allí me vienen muchas imágenes. Y si te digo detalles de esos días, cada vez que iba de la escuela a la chacra de mis abuelos, me gustaba detenerme en una quebrada llamada “la sardina”. Y entonces ahí me pasaba ratos mirando los peces. Algunos como cebras pequeñas, a las que llamábamos “coruntas”, moviéndose de un lugar para otro, como si fueran gente. Debo decirte que entonces yo pensaba con mucho animismo, esa percepción natural de los niños.

03

Pensando en esas intersecciones de las cosmologías, y en su trabajo como traductor, ¿cómo entiende los encuentros y desencuentros entre los mundos amerindios y el mundo occidental? ¿Hay traducciones posibles? (Sin obviar que en la idea de traducción hay un colonialismo implícito). Pienso en el perspectivismo amerindio, la teoría multiespecie...

Traduje a varios poetas anglosajones como Simic, Strand y Olds, pero si hablamos de la Amazonia, creo que mi poesía no desea explicar ni traducir para Occidente sino mostrar a ese mundo como algo sentido. Revelación, para decirlo con este término usado por otros. Te decía que gracias a la escritura he intentado compartir esas presencias de la Amazonia. Algo paralelo a lo que hacen los chamanes cuando convocan a los espíritus. La ontología occidental históricamente ha tratado de controlar y fragmentar, pero en realidad somos continuidades vitales y trágicas. Y el humor y la ironía, como te contaba, se encargan de mostrar muchas rupturas y fracasos que nos suceden, a nosotros y a los no humanos. El gran legado de antropólogos como Viveiros de Castro es decirnos que para las culturas amerindias (algo que podría suscribirse para muchas culturas ancestrales de la Tierra) en el principio todos éramos humanos: los ríos, las plantas, las montañas. Entonces no es aventurado decir que las culturas amerindias conciben la vida como un ser total con los ríos, con los árboles, con los animales. También es importante pensar en una reciprocidad entre los seres y en el aprendizaje de las muchas otredades ecológicas.

Como escribo en *Amazónicas*: “Los indígenas usan los ojos de animales y plantas para conocer”. Ellos sí que miran el mundo desde las perspectivas de los otros. Algo que nos ayuda ahora es que los grandes teóricos de la ecocrítica material y de la trans-corporeidad se han enfocado en



comprender el protagonismo narrativo de los árboles, los ríos, etcétera. No quiero decir que no debemos celebrar la vida al interior de nuestra especie. Quiero pensar sencillamente que la historia de la humanidad no es independiente de las demás especies en la Tierra. Necesitamos una coevolución verdadera. Las especies tenemos génesis comunes, conectividades e interdependencias; formamos parte de la materia del cosmos y tenemos una misma historia natural: “Seguro que los peces sueñan con subir al cielo y las estrellas en volverse peces”, dice una de mis proposiciones. También las continuidades son complejas e implican ejercicio del buen vivir. Como aparece en mi poema sobre el Curupira, cuando los habitantes de las selvas encuentran a esta deidad dueña y protectora de los bosques, que a veces toma la forma de un ser humano con un pie apuntando hacia adelante y uno hacia atrás, le ofrecen regalos a cambio de conocimientos y de reciprocidad: “Los cazadores regalan tabacos al Curupira para que les diga sus secretos./ El Curupira se fuma los tabacos y del humo se forman los caminos donde aparecen animales, árboles y frutas./ Pero los hombres no deben llevarse todos los animales, árboles y frutas./ El Curupira podría soplar el humo para que desaparezcan los animales, árboles y frutas./ Puede soplar todo su humo para que se borren los caminos./ También podría decirles a los animales sus secretos para cazar a los hombres”. El cazador puede convertirse en presa; las posiciones son reversibles. Lo cual genera humildad ecológica, reconocimiento de una vulnerabilidad compartida.

04

¿Cómo se podrían hacer palpables los futuros posibles u horizontes post-extractivistas que proponen las producciones culturales amazónicas, que exceden el antropocentrismo y el capitaloceno?

Pienso que muchas transformaciones podrían darse gracias a los sistemas educativos. Por ejemplo, hasta hace muy poco en la Amazonia se dictaban los cursos sobre la vida de allí desde los paradigmas y perspectivas de las metrópolis y no desde el pensamiento de sus culturas ancestrales. (No olvidemos que el colonialismo y el racismo inherente están allí antes de la aceleración de la explotación y el daño al clima en el siglo XX). También recuerdo que cuando leía el libro *The Mind of Plants* (2021) editado por John C. Ryan, Patricia Vieira y Mónica Gagliano, el antropólogo colombiano Luis Eduardo Luna decía allí, de modo crítico, cómo en Florencia (en el Caquetá, su tierra natal y la mía), en el centro del Escudo de Armas de esa ciudad hay una vaca y no un animal emblemático de la selva, como un jaguar u otros. Y él tenía toda la razón, pues eso es ser enemigos de nosotros mismos. Además demuestra cómo los imaginarios eurocéntricos, presentes en textos de exploradores como Fray Gaspar de Carvajal, ya desde siglo XVI, y las narrativas modernas de penetración económica se han impuesto con violencia sobre los pueblos amazónicos.

También he intentado reflejar eso en *Amazónicas*: “De los ríos nacen peces, árboles y gentes; de las carreteras nacen más carreteras”. Y otro: “Porque mi padre vino a sembrar vacas en Amazonia, me puse a hablar

con los árboles”. Por eso, digo casi al final: “Debemos preguntarle a Amazonia si le gusta este nombre que le dieron o si prefiere otro”. Claro está, con esta pregunta imaginaria yo quiero señalar igualmente la violencia epistémica, la imposición de nombres y categorías ajenas. Diferentes son los futuros post-extractivistas inspirados en las cosmologías amazónicas que se basan en principios de amor mutuo. Dichos principios me inspiraron a decir sobre la Yakumama, madre de las aguas, presente en mi colección Yakumama (and other Mythical Beings) que ella “Es la única serpiente que fabrica ríos para tener felices a los peces”. La Yakumama (deidad amazónica que también simboliza la anaconda y el río) no extrae, no acumula, no domina; ella crea y distribuye, asegurando que todos los seres tengan lo necesario. Este modelo de abundancia compartida contrasta radicalmente con el capitaloceno, donde unos pocos acumulan mientras la mayoría (humana y no humana) sufre escasez.

A través de los años, muchos indígenas, pescadores y cazadores me dijeron que tomar del río o de la selva requiere dar algo a cambio: sentimientos de respeto, gratitud y cuidado hacia los otros seres. Esta ética de reciprocidad debería ser sabiduría para la modernidad. Dicho cambio de perspectiva, revolucionaría todo: economía, política, relaciones sociales, vínculos con el mundo más-que-humano. La naturaleza opera con lógicas propias que preceden y exceden las construcciones humanas. “Ni a un pez ni a las matas de yuca les importan verdades humanas, instantes o eternidades”.

05

¿Tiene algo que ver la imaginación con esa lenta transformación? En *Reforestar la imaginación* (2024), Miguel Rocha propone que la deforestación a escala global influye en la imposibilidad de imaginar mundos otros, es decir, que a la par de la deforestación de los bosques se ha deforestado la imaginación. También da cuenta de los pueblos amerindios ancestrales que, viviendo entre el bosque y teniendo las plantas medicinales, no produjeron “arte”, como es entendido en Occidente...

Este libro del Miguel Rocha Vivas es una invitación a continuar esa visión poética del mundo que tienen las culturas tradicionales. La imaginación ha sido deforestada gradualmente en todos los niveles; la modernidad ha sido rampante. En otras palabras, la cultura Occidental ha dictado a partir de sus narrativas y costumbres económicas su modo de vivir a los demás pueblos de la Tierra. Tal visión poética del mundo es la que es necesario recobrar. Para lograr estos futuros post-extractivistas que proponen las culturales ancestrales amazónicas que decías en tu pregunta anterior, necesitamos seguir el camino de Rocha Vivas cuando nos llama a “reforestar la imaginación”. Debemos imaginar de nuevo el mundo que hemos perdido como lo hace él, quien es escritor e investigador, a través de sus vivencias en las selvas y ríos, su diálogo con los sabedores y sabedoras indígenas y reflexiones sentidas sobre dichas experiencias.

Hemos deforestado no solo los bosques físicos sino también los bosques simbólicos, los imaginarios que nos permitían concebir otras formas de vida. La poesía, las narrativas orales, el arte amazónico son tecnologías para reforestar esa imaginación. Para las culturas amerindias, como observa Rocha Vivas en sus libros, no hay separación entre vida cotidiana y expresión estética, entre lo sagrado y lo profano, entre



lo útil y lo bello. Una canasta tejida es simultáneamente herramienta, cosmograma y poema. Un canto chamánico es medicina, historia y filosofía a la vez. Esta integración es lo que hemos perdido en Occidente con la compartimentalización moderna y las nuevas tecnologías de comunicación. En la Universidade Federal do Amazonas, en Brasil, el escritor Saturnino Valladares, en el programa de lengua española de la universidad dirigió el proyecto de publicación de un libro para enseñanza de esta segunda lengua basándose en mis poemas situados en la cuenca amazónica. Ello muestra una manera de reforestar la imaginación a partir de una actividad pedagógica usando la poesía. Valdría la pena que nuestro mundo casi totalmente fragmentado comenzara a poblarse (a reforestar) acompañado de todas las expresiones del arte que relacionan y ponen en acuerdo a los seres, como en los imaginarios de las culturas tradicionales.

06

Desde su pensamiento y su experiencia vital, ¿cuál es el papel de las plantas en la cosmología indígena amazónica y cómo se sitúa usted en esta discusión?

La filosofía de vida de los pueblos amazónicos considera a las plantas como entidades sabias que contribuyen a sus epistemologías. Las plantas no solo curan a las personas sino que crean el pensamiento amazónico. Las perspectivas de los amazónicos entran en diálogo con las subjetividades de esas plantas. Porque para los indígenas, y mi modo de pensar, son seres espirituales poderosos que conviven con ellos con ropaje de plantas. Así se crean los imaginarios que garantizan el equilibrio entre los seres. Mi libro *Cuentos amazónicos* (2005) contiene la narrativa oral de Moniya Amena que revela el origen del río Amazonas a partir de la muerte provocada por la codicia humana de una Ceiba pentandra, un árbol simbólico de la Amazonia.

En otras historias e inflexiones, los pobladores me contaron que nadie debe cortar una lupuna (nombre vernáculo de la Ceiba pentandra en el Perú amazónico) porque las consecuencias serían catastróficas. Este no es un tabú irracional sino espiritualidad ecológica, puesto que las lupunas son árboles cuyas raíces mantienen unido el bosque, literal y metafóricamente. Entonces, las plantas son maestras morales, modelos de generosidad y paciencia, y por eso en *Amazonías* quiero exaltarlas: “Admirables son los árboles umarí que nos alimentan; hacen que nosotros queramos ser tan buenos como ellos”.

Los árboles, como el aire, alimentan a innumerables seres sin pedir nada a cambio. Observar esto desde las epistemologías indígenas nos enseña una ética de la humanidad mejor que cualquier tratado filosófico occidental. En otro cuento “Plantas boas”, de mi colección de narrativas orales, dos plantas, una hembra y un macho, no son meras entidades botánicas sino seres con protagonismo, movilidad y sociabilidad. Cuando son violentamente atacadas, ellas sangran revelando su naturaleza corpórea y vulnerable, similar a la humana. También en mi trabajo



documenté narrativas sobre plantas maestras como el yagé (ayahuasca en el Perú amazónico). Recuerdo que Don Joaquín Coquinche Saha, un sabio Kichwa del alto Napo, me decía: “El yagé nos enseña que todo está conectado”. Esto no es una metáfora new age sino fenomenología, modo de sentir el mundo. Bajo el efecto del ayahuasca, los chamanes cuentan experiencias de disolución del ego, de conexión profunda con otros seres, de acceso a conocimientos que no poseen en estado normal. Por eso las plantas psicotrópicas que usan los chamanes también son herramientas para reforestar la imaginación. La tarea es volver a sentir los ríos, los animales, el viento, escuchar esas voces, honrar esas relaciones. Mi poesía intenta compartir tales sentires amazónicos, y lo que yo mismo experimenté al ingerir algunas de dichas plantas, llevándolos a un lenguaje accesible sin traicionar la complejidad de las cosmologías originales. A través del arte se deben diseminar esas voces vegetales, para que la gente de las ciudades pueda escuchar lo que los árboles nos dicen con el lenguaje de sus cuerpos. En mis documentales *The Trees Have a Mother* (2009) y *El Río* (2018), extendí mi trabajo y quise registrar cómo las comunidades amazónicas mantienen lazos afectivos con el mundo vegetal y sus sistemas hídricos. En tiempos de colapso ecológico, necesitamos imaginar (y desarrollar) formas alternativas de habitar el mundo. La poesía nos sitúa en esta conversación, con una estética de armonía delicada, e imperfecta, como la vida.